

*¡NO RESPIRE NI
SE MUEVA!*

Seudónimo: Reismarie

¡NO RESPIRE NI SE MUEVA!

Cuando un día cualquiera de Septiembre, de hace más de veinte años, llegué a casa con la noticia, no esperaba semejante recibimiento. Mi madre hacía una tortilla de patatas para cenar. Mi padre permanecía en el salón viendo el telediario y mis hermanos, en sus habitaciones, leyendo o haciendo los deberes, no recuerdo qué. Entonces, toda contenta y orgullosa de la decisión que acababa de tomar, dije lo más dignamente que pude y con convicción:

-Mamá, lo he decidido, voy a ser Técnico de Rayos.

Mi madre casi no levantó la vista de la tortilla, no se le fuera a pegar. Tampoco hizo ningún gesto que me diera alguna pista de lo que pasaba por su cabeza. Simplemente dijo unas palabras que jamás olvidaré: "Muy bien, hija, lo que tu quieras". Yo me quedé tan atónita que ni siquiera me moví. Esperaba algo como: "¿Y qué es eso exactamente? o ¿Y dónde se estudia eso? o ¿Es una carrera, un módulo, un curso o qué?" Pero nada... nada de nada. A mi me costó unos años y un par de "cosillas" más, entender aquella indiferencia. Me contestó exactamente lo mismo, que cuando le dije que iba a ser árbitro de baloncesto (con mis 155 centímetros de estatura) o como cuando fui promotora de unos productos de perfumería, junto a quince chicas que me sacaban veinte centímetros y dos kilos de maquillaje. Ella siempre me decía eso: "Muy bien, hija, lo que tú quieras". Pero lejos de discutir, me fui al salón a lanzarle la bomba a mi padre. Tuve que esperar a que terminara el telediario para decírselo porque si no, se habría limitado a mirarme y asentir y después habría jurado ante la Biblia que no le había contado nada, pero al menos él reaccionó:

-¿Qué vas a ser técnico de "radio"?

-No, papá, de radio no, de rayos X.

-Ah, bueno, eso es otra cosa. ¿Y en qué consiste exactamente?

-Pues los técnicos de rayos son los que hacen las radiografías, las pruebas diagnósticas... -contesté con una sonrisita de triunfo, por fin alguien me hacía caso.

-¡Qué bien! -contestó él- Al menos tendrás un oficio.

Aquello comenzaba muy bien, ninguno había dicho que “no”, aunque la falta de entusiasmo era plausible. El problema era yo. Tantas cosas quería hacer y en tan poco tiempo, que varias vidas no eran suficientes. Pero al menos en ésta, iba a hacer todas las que pudiera.

Tras un examen de ingreso y una entrevista personal, comencé a formar parte del extraño y excitante mundo del hospital. El primer día parecía un ratón asustado entre tanto uniforme, lenguaje técnico y pasillos largos y siniestros. Pero rápidamente comencé a ser parte de aquello y, pese a mis recelos y los de mi familia... me gustó.

Las clases prácticas habían comenzado el mismo día que las teóricas, así que los técnicos me hablaban literalmente en chino: “Toca aquí, ¿notas la cresta ilíaca? Pues ahí hay que centrar” o... “Pon el chasis vertical” o... “¿Qué técnica le darías?”

Con mis diecinueve añitos y mi poca o nula experiencia en nada que pudiera tener que ver con un hospital, las únicas crestas que yo conocía eran las de los gallos, los chasis de los que alguna vez hubiera podido oír hablar eran los de los coches y la técnica, que yo supiera, era aquella mujer que intentaba una y otra vez explicarme cómo conseguir una radiografía del abdomen de aquellos pacientes. ¿O no era ella una “técnica de rayos”?

Poco después descubrí que las crestas ilíacas eran los huesos que sobresalían en las caderas; los chasis, las cajas en las que se metía la película donde se quedaría impresa la radiografía y la técnica, los datos que habría que seleccionar para realizar cualquier radiografía y que de poner los correctos, dependería que fuera buena en mi trabajo o no.

Pronto comprobé que hay pacientes impacientes, familiares desconfiados, compañeros no tan compañeros, ancianos agradecidos, niños asustados y un millón de anécdotas que relatar...

LA PRÓTESIS

Una tarde, aprendiendo a realizar TAC, nombré a un paciente en la sala de espera. Tras pasarle a una cabina, el hombre me preguntó con mucha naturalidad si tenía que quitarse la prótesis...

-¿De qué es la prótesis? – dije yo pensando (ilusa de mí) que era dental.

-Mira –contestó él mientras con una extraordinaria destreza y de un solo movimiento, se sacaba uno de sus ojos y se lo ponía en la palma de la mano.

-Eh... pues no sé... -dije yo perpleja-. creo que no hace falta, pero ya que se lo ha quitado, déjelo en la cabina. Tras colocar al hombre en cuestión en el TAC, fui pensando en aquel ojo hasta la consola donde programé su estudio. La imagen del ojo en la mano apenas me dejaba pensar. Tras realizar aquella prueba, intenté seguir como si nada. Pero cuando iba a por otro paciente, aquel señor me abordó en medio del pasillo y me dijo a voces:

-¡Oye... que me falta el ojo!

Rápidamente caí en la cuenta de la prótesis que había quedado en la cabina de la sala del TAC, pero un rápido vistazo a la sala de espera de los pacientes, me hizo darme cuenta de la situación. Varios pacientes se echaban hacia atrás en las sillas y me miraban con recelo.

-¡No, no, tranquilos! -exclamé yo-. Es que este señor tiene un ojo de cristal, aquí no quitamos los ojos a nadie. Se oyeron suspiros de los más aprensivos, murmullos de lo más elocuentes y varias carcajadas de mis compañeros que habían visto mi reacción. Nunca más dejaré que un paciente deje un ojo en la cabina, o si no, que se lo meta en un bolsillo.

GALLETAS

En la sala de urgencias de otro hospital, cuando ya tenía trabajo de continuo, una mujer llegó con un dolor abdominal insoportable. La pobrecilla sudaba y se retorció mientras intentaba mantenerse quieta para poderle hacer la radiografía.

-¿Desde cuándo le duele? -me atreví a preguntar.

-Desde esta mañana temprano, cuando desayuné -contestó ella.

-Le habrá sentado mal... -dije yo a la vez que centraba a aquella señora en la mesa de rayos.

-No me extraña, ni siquiera he podido terminármelo...

-No entiendo que quiere decir -le expliqué yo.

-Pues verás, hija, hoy venía a hacerme un estudio gastrointestinal y me dieron una dieta para hacer ayer y hoy. Y en el desayuno de hoy, ponía que tenía que tomarme 102 galletas mojadas en medio vaso de leche. ¡Y no he podido con ellas!

-¡102 galletas! ¡Pero eso es imposible! –exclamé mientras mi cerebro procesaba aquella información- ¡Señora!
En el papel que le dieron para la preparación pone exactamente: “...si el día de la prueba tiene hambre puede desayunar 1 ó 2 galletas mojadas en medio vaso de leche...” Mujer... ¡1 ó 2 galletas, no 102!

-No... si ya decía yo que era mucho --respondió ella mientras yo intentaba aguantar la risa.

Lo peor fue el celador de urgencias cuando dijo:

-¿Y cómo se ha apañado para mojar 102 galletas en medio vaso de leche?

La pobre mujer no tenía ganas de bromas, pero a mí se me quedó grabado como uno de los momentos más memorables de mi trabajo.

EL MUERTO

Una noche de urgencias, venían dos celadores hacia la sala de rayos, riéndose por el pasillo. Por supuesto, no iba yo a quedarme sin saber lo que podía romper la rutina de la noche, así que rápidamente les pregunté:

-Éste –dijo uno de ellos-, que le he ha hecho la inocentada al nuevo.

-¿Qué inocentada?

-La del mortuario –contestó él.

-Cuenta, cuenta –respondí yo.

-Pues nada... –comenzó el otro celador-, resulta que ha muerto un anciano en una planta y me han llamado para que lo lleve al mortuario, que está en el sótano.

-“Muy propio” –pensé yo.

-Y el pasillo que lleva a las cámaras es estrecho. Siempre vamos dos, porque luego hay que cambiarlos de camilla. Entonces ha venido el nuevo conmigo y ha ido tirando de la cabecera de la cama, mientras yo la empujaba de los pies. Y, cuando estábamos llegando a la puerta del mortuario, que es abatible, he mirado por encima del celador nuevo y he dicho: “Eh... ¿qué hace usted ahí?” como si hubiera alguien... ¡Y el chico ha saltado por encima de la camilla y por encima de mí!

-¡Ja,ja,ja! –se reía su compañero- ¡Siempre caen!

-¡Tú cállate, que también te lo hice cuando llegaste aquí!

-¡Es cierto! –contestó él.

-¿Y tú también saliste corriendo? –pregunté yo.

-No –respondió- Yo me quedé clavado en el suelo, con las piernas temblando y cuando me dí cuenta de que era una broma, le pegué a éste un puñetazo que todavía se debe acordar.

El celador en cuestión me guiñó un ojo. Estaba deseando que llegase el verano para hacer lo mismo a los contratados para cubrir las vacaciones.

HERNIA DE HIATO

Una mañana de verano, con la sala de espera de rayos de urgencias a rebosar, una señora de unos cincuenta años llamó mi atención. Tenía un dolor abdominal que parecía insoportable y cogí su volante rápidamente para ver por qué había acudido a urgencias. En el papel ponía que era una hernia de hiato que podía haberse complicado, así que necesitaban una radiografía del abdomen para ver el alcance del problema. Acompañé a la mujer a la mesa de rayos x y, tras realizarle la radiografía, me quedé perpleja. Comprobé la edad y el nombre de la señora nuevamente y acudí a la sala de los médicos a “echarles la bronca”.

-¿Se puede saber quién me ha mandado a una embarazada a rayos? –pregunté de muy mal humor.

-No está embarazada –contestó uno de ellos mirándome con compasión-, es una hernia de hiato.

-¿Y desde cuando las hernias de hiato tienen brazos, piernas y cabeza? –respondí yo dándomelas de sabelotodo.

Varias cabezas se asomaron entonces a ver la radiografía que llevaba en la mano. El médico que se había hecho cargo de aquella paciente no daba crédito a lo que le estaba enseñando.

-¿Seguro que es esta señora? –preguntó él.

-Seguro –respondí yo.

-Pero tiene cincuenta años –dijo él.

-Cincuenta y uno –contesté yo entonces.

Aquella mujer estaba de parto. Lo mejor de todo es que nunca había podido tener hijos. Tras varios años, su marido y ella dejaron de intentarlo. Y, con los desarreglos hormonales de la menopausia, había ocurrido lo que nunca pensó que sería posible.

Su marido, que la esperaba en la sala de espera, sufrió un mareo al enterarse. Casi los tienen que ingresar juntos. La niña nació en unas pocas horas y fue la alegría del hospital en aquella mañana de urgencias. Por cierto, se llamó Claudia y pesó tres kilos.

MUCHOS NERVIOS

Muchas veces me he encontrado con pacientes que se ponen tan nerviosos cuando acuden a un hospital que hacen cosas “extrañas”.

Una mañana haciendo radiografías de tórax y cuando llevábamos por lo menos setenta, le dije a un paciente: “Coja aire. . .” Y de pronto le veo cogiendo aire con sus manos de verdad. Abría las manos y las cerraba intentando mantener en ellas el aire de la sala. Difícil, ¿eh?

Otra vez, o quizá dos, he nombrado a un paciente en la sala de espera y, tras explicarle en que consistía el estudio que íbamos a realizar y, después de que se desvistiera y se tumbara en la camilla, me ha dicho con cara de preocupación: “Perdone. . . pero es que el Tac se lo van a realizar a mi padre, que está fuera, yo sólo vengo a acompañarlo. . .” Pero. . . ¿Y qué esperaba a decírmelo, a que le pinchara y le pusiera contraste. . .?

Recuerdo un día en que un compañero estaba colocando una sábana limpia en una mesa de rayos para hacer una urografía a un paciente y, mientras, le dijo: “Súbase aquí”. Lo siguiente que oí es a mi compañero despotricando contra aquel pobre hombre: “Pero qué hace? ¿Está loco o qué?” Al mirar comprobé, sin poder aguantar la risa, cómo aquel paciente se le había subido a mi compañero a caballito en la espalda.

O como aquella señora a la que dijimos: “Llene el pecho de aire” y de repente se coge su pecho derecho con las dos manos y se pone a soplarle con todas sus fuerzas.

O a las mujeres mayores que les dices: “Quítese todo de cintura para arriba y se pone esta bata con la abertura atrás” Y más de una te sale sin bragas, porque se ponen tan nerviosas, que ya no escuchan más.

También he tenido mil veces lapsus al hablar con ellos. Cuando siempre les dices lo mismo, se convierte en algo mecánico y dejas de pensar: “Coja aire, échelo. . . Respire, no respire. . . No se mueva. . .” A un paciente, en lugar de decirle: “No respire ni se mueva. . .” dije exactamente: “No respire ni se **muera**” “Pues no, la verdad, no pensaba morirme hoy” –me contestó el hombre divertido.

Otra compañera, pensando en las vacaciones que iba a disfrutar después de mucho tiempo, dijo a un paciente que entraba a hacerse una resonancia: “Deje las maletas ahí y pase” ¡Y eran muletas!

Y los niños... ¡qué maravillosa mente la de los niños! Una noche recién comenzada, aparece una madre más fastidiada que preocupada, con un niño de tres años. Al comprobar el volante veo el posible diagnóstico: “Posible ingesta de cuerpo extraño”.

-¿Qué ha pasado? –pregunté a la madre.

-Pues el niño –respondió ella-, que se ha comido una rueda de un coche de juguete y es metálica.

-Vaya hombre, pero... ¿en qué estabas pensando? –pregunté yo dirigiéndome al pequeño-. ¿No te gustan más las chokolatinas que las ruedas de los coches? Ven, tumbate en esta camilla, que te voy a hacer una foto para ver dónde está la rueda.

Tras realizarle la radiografía compruebo, extrañada, que la dichosa rueda no aparece por ningún sitio, lo que sólo podía significar dos cosas: que el niño no se hubiera tragado la rueda, o que no fuera metálica, porque tiempo de haberla expulsado no había tenido. Así que, vuelvo a la madre para interrogarla en busca de “información”.

-¿Seguro que la rueda es de metal? –pregunto yo.

-Seguro, me he traído el cochecito para que veáis cómo es –responde ella mientras me da un coche de juguete.

Entonces, dirigiéndome al niño, le digo:

-¿Seguro que te has comido la rueda?

-Sí.

-Pero, ¿seguro... seguro?

-Sí –contesta él muy serio-, me la he comido, pero no me la he “tragao”. Mira, la tengo en el bolsillo.

Y me enseña en su pequeña manita la rueda que falta en el coche de juguete. Mientras aguantaba la risa, oigo a la madre por detrás y en voz baja: “Yo le mato”...

El niño había dicho la verdad en todo momento... sólo le había faltado darnos “cierta información”...

ANDREA

Andrea necesitó una resonancia con sólo cuatro años. Había que ver si sus caderas se desarrollaban como debían. Cuando ví a la niña, pensé que el volante estaba confundido, porque aquella cría debía pesar 30 kg o más y era bastante alta. Pero enseguida entendí todo. Estaba absolutamente indignada con la idea de hacerse la resonancia, pero no porque la fuéramos a meter en la máquina; no porque fuera un estudio largo; tampoco porque a lo mejor hacía falta pincharla para ponerle un contraste. Ella estaba indignada. . . ¡porque no le habían dado de desayunar! Entonces mi compañera, que sabe más que los ratones "coloraos" (como decía mi abuela) sacó de su bolso una chocolatina y le dijo: "Si nos dejas hacerte la resonancia, te regalo esta chocolatina". Andrea no se dejaba engañar por cualquier cosa. Y si mi compañera era lista, ella le daba mil vueltas, así que contestó. "Vale, pero la chocolatina me la das ahora y me hago la resonancia con ella en la mano". No tuvimos nada que objetar. La niña se portó de maravilla. . . los primeros quince minutos. Pero, de repente, comenzó a dar golpes a las paredes del túnel: "¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí!" Corriendo, mi compañera y yo entramos a por la niña, pensando que de pronto había sentido miedo o le dolía algo. Y entonces ella nos dijo muy seria: "Es que se me estaba derritiendo el chocolate". Es maravillosa la mente de los niños.

Durante años, he encontrado miles de historias. No siempre son divertidas, realmente casi nunca lo son. Algunos de estos pacientes no existirán ya, otros tampoco se acordarán de mí, pero cada vez que un niño te dice adiós con una sonrisa y un dibujo en la mano, o un anciano agradecido te da un beso porque le has tratado como merece, cada vez que una radiografía bien hecha ayuda a dar un diagnóstico, me alegro de la decisión que tomé aquel día de Septiembre en que mi madre me dijo: "Muy bien, hija, lo que tú quieras..."

FIN